

:Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V6

Capítulo 10: El hilo cálido.

Las suposiciones de Leon resultaron erróneas.

La percepción del placer en los seres vivos no tiene límites.

La experiencia que les proporcionaban las tres marcas de dragón superaba con creces la de dos.



En aquella noche de desenfreno, Leon y Rossweisse alcanzaron juntos, una y otra vez, el clímax.

Habían perdido toda noción del tiempo; todo estaba consumido por una inmersión inescapable en aquel éxtasis decadente.

Rossweisse no distinguía entre el principio y el final.

El hombre sobre ella era como una bestia incansable, implacable, que no le ofrecía consuelo alguno, solo le exigía, la forzaba y la conquistaba.

Se deleitaba con la sensación de que su dignidad y orgullo fueran pisoteados; la razón hacia tiempo que se había derrumbado ante el embate del deseo.

Y debido a la excesiva excitación fisiológica, Rossweisse exhibió a lo largo de la noche varias características distintivas propias de un dragón.

Al llegar a la cima, escamas de dragón blanco plateado aparecieron en el rabillo de sus ojos, y sus pupilas se contrajeron. Si Leon no hubiera perdido también el control por completo, los cuernos de dragón que brotaron de su cabeza probablemente se habrían convertido en simples juguetes.

Al amanecer, el sol se elevó lentamente tras el horizonte, y los primeros rayos de sol se filtraron en la habitación de la pareja.



La ropa interior estaba esparcida por el suelo; la habitación era un desastre, con las marcas de su apasionado encuentro.

La pareja estaba sentada en el suelo, apoyada en el sofá, completamente exhausta, incapaz de dormir por el cansancio.

Roseweather, envuelta en una sábana blanca hasta el pecho, bajó la mirada, estiró las largas piernas, sorbió por la nariz y se apoyó en el hombro de Leon, diciendo en voz baja:

«¿Me... pasé de la raya anoche?» Leon apoyó suavemente la mejilla contra la cabeza de su esposa y respondió:

—Más que inapropiado, Majestad, fue usted prácticamente un pervertido...

—Cállate, todo es culpa del dragón. —Leon cerró los ojos, soltó una risita y respondió con dulzura—: Sí, sí, todo es culpa del dragón. Roseweather se sonrojó, se encogió y, sin darse cuenta, arrugó ligeramente la sábana.

Se mordió el labio inferior, como si luchara con algo.

Tras un largo rato, Roseweather finalmente preguntó:

—Leon, ¿sientes que... nuestra relación es un poco... frágil?



—Frágil... ¿a qué te refieres?

—No estoy segura. Esto dio pie a un tema bastante serio, y la pareja se puso seria. Roseweiser se enderezó, contemplando su “campo de batalla” tras una larga noche de trabajo, y continuó:

“Es que... parece que esta es la única manera de mantener nuestra relación. Una vez que perdamos...” En ese momento, la Reina frunció los labios, dudó un instante, pero luego reunió el valor para decir lo que pensaba:

“Una vez que perdamos el sexo, nuestro amor se irá desvaneciendo poco a poco.”

“No le des tantas vueltas, Leon. No es que no quiera hacerlo contigo, es solo que... le estoy dando demasiadas vueltas.”

“Porque antes no era así.” No habría abandonado mi orgullo ni me habría entregado imprudentemente al placer físico. — Pero ahora, mírame, no solo soy adicta, sino que además siempre... siempre te hago estas peticiones...

—Así que me preocupa que pienses que el amor y el sexo que te ofrezco son insignificantes, que dejes de valorarme y que tus sentimientos hacia mí se desvanezcan poco a poco... —Su voz se apagó, y su cuerpo se encogió.

Finalmente, bajó la cabeza, se abrazó las piernas, escondió la cara entre los brazos y se acurrucó como una gatita abatida.



Y Leon, inusualmente, guardó silencio ante las preocupaciones de Roseweiser.

Por supuesto, este silencio no era... Significaba “por defecto.”

Desde luego, no creía que los sentimientos que Roseweiser le había mostrado fueran insignificantes.

Sin embargo, estos asuntos eran algo serios y complejos, no algo que pudiera resolverse con un simple “Te quiero.”

Leon estaba pensando en una respuesta que pudiera abordar perfectamente las inquietudes de Roseweiser. preocupaciones.

Y Roseweiser no lo presionó para obtener una respuesta inmediata.

Sabía que él estaba considerando seriamente el asunto.

Estaba dispuesta a esperar pacientemente la respuesta de Leon.

Tras un breve silencio, Leon dijo lentamente:

—Ahora que lo pienso, parece que rara vez hablamos de sexo, Roseweiser. —La Reina asomó la cabeza por debajo de sus brazos y asintió.



—Es porque perdimos el control anoche bajo la estimulación de las tres marcas de dragón que ahora tienes estas preocupaciones y preguntas, ¿verdad? —Al oír esto, Roseweiser hizo una breve pausa, y luego una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí... —Leon siempre lograba ver las cosas desde su perspectiva, lo cual era lo que más la reconfortaba.

—Bueno, sobre esto... —Suspiró, relajando su cuerpo ligeramente tenso, luego levantó el brazo y, con naturalidad, lo colocó sobre el hombro de Roseweiser, permitiéndole acurrucarse contra él.

Entonces, Leon continuó:

—Creo que este tipo de cosas son un instinto biológico, más precisamente, un instinto biológico para expresar amor mutuo. —Otro.

—No pienses que este instinto es algo vergonzoso de lo que hablar, porque si ni siquiera sentimos el deseo más básico el uno por el otro, ¿cómo podemos hablar de un nivel más profundo de “amor”? —Palabras sencillas, pero que calmaron al instante la vergüenza subconsciente que Roseweiser sentía tras su intensa intimidad.

Asintió en silencio, escuchando a Leon.



—Entonces, dijiste que siempre tomas la iniciativa para hacer “eso” conmigo, y eso no está mal. Significa... que me amas.

—¡Yo!... —Roseweiser quiso replicar con altivez, pero en cuanto levantó la cabeza, Leon la bajó de nuevo.

Obedientemente, apoyó la barbilla en las rodillas, hizo un puchero y susurró:

—Eh... yo... yo te amo. ¿Y luego?

—Y si tuviera que decir que algo salió mal en todo esto, sería culpa mía. —Roseweiser arqueó una ceja—. ¿Tu culpa?

—Sí, no fui lo suficientemente proactivo —dijo Leon, revolviendo el cabello de Roseweiser con una sonrisa amable—. Porque mi pasividad te hizo parecer más proactiva, lo que te generó dudas al respecto, así que... es mi culpa. —La Reina

parpadeó, mirando de reojo mientras preguntaba—: ¿Entonces por qué no tomas la iniciativa? ¿Has perdido el interés en mí después de tantos años de matrimonio? —Bromeaba.

Pero también estaba ansiosa por conocer la actitud de Leon y su respuesta a la broma.

—Mmm, puedes tallar dragones al azar, pero no puedes decir las cosas a la ligera. ¿Cómo no iba a interesarme en ti? —dijo Leon—. Eso nos lleva a tu segunda preocupación: ¿pensaré que el amor y el sexo que me ofreces son baratos?



—Mmm. Ella seguía ocultando su nariz y boca entre sus brazos, dejando al descubierto solo un par de hermosos ojos plateados que miraban a Leon.

—Respecto a esta pregunta, mi esposa, ambos conocemos la respuesta, pero sé que quieres oír más, ¿verdad?

—¿Quién... quién quiere oír más? Bah, si no quieres hablar, no hables. De todas formas, no quiero oírlo. —Leon sonrió con complicidad, dando un paso atrás de inmediato.

—De acuerdo, de acuerdo, soy yo quien quiere contarte más. Por favor, mi querida esposa, escucha con paciencia, ¿me prestas atención? —Losweiser soltó una risita de suficiencia—. De acuerdo, te escucharé a regañadientes. —La sonrisa de Leon se desvaneció y continuó con seriedad—:

—Por supuesto, no creo que lo que me has dado sea insignificante.

—Tu importancia para mí es evidente, y todo lo que me has dado no se puede medir con simples palabras.

—Y nuestra relación también. No es algo superficial, ni se sostiene únicamente con sexo.

"Cada momento contigo, cada día juntos, cada palabra, cada acción, siento que es una... bendición."

"Si existe un Dios, le estaría muy agradecida por permitirnos seguir amándonos tan profundamente después de todo lo que hemos pasado." "Así que, Roseweiser..." Dicho esto, Leon inclinó ligeramente la cabeza y besó suavemente la frente de su esposa.



Sintiendo el calor del beso, los ojos de Roseweiser temblaron mientras miraba a Leon.

Lo que acababa de decir era suficiente para Roseweiser.

¿Y ahora qué? ¿Una promesa?

Le gustaba oír a Leon hacerle promesas.

Pero a veces... Roseweiser también quería oír otras maneras, más directas e inequívocas, de expresar su amor.

Y ese tonto de Leon siempre...

"Te amo."

"Roseweiser Melkerville, siempre te amaré, por siempre."

Traducido por:

ରେକସନ – RexScan

